



# La identidad de Laura Méndez en la prensa mexicana

Por Pablo Ricardo Silva Guadarrama

La poesía de Laura Méndez logró la fama antes de que su nombre pudiera ser publicado en los diarios. La obra de esta mexiquense representó un interesante fenómeno literario para los criterios editoriales de su época, particularmente en el discurso y las prácticas lectoras.

Varios de sus poemas aparecieron en el periódico nacional *El siglo XIX*, cuyo tiraje de 10 000 ejemplares diarios alcanzaba una amplia difusión. Escribir en este medio daba mucha visibilidad y buena reputación, debido a que sus políticas estaban apegadas a la ley orgánica de imprenta (Reyna, 1976: 54).

Laura solía reunirse con el cuerpo de redacción, conformado por Gabriel Mancera, Ignacio Silva, M. Sánchez Mármol, G. F. Varela, Ramón Manterola, Tiburcio Montiel, Gustavo A. Baz, de la sección Crónicas teatrales; Tiburcio Montiel, editor responsable, y Agustín F. Cuenca, a cargo de las noticias nacionales y extranjeras.

Estos nombres y en especial el último, formaron parte de la revista *El Renacimiento* (1869) y del grupo “La bohemia literaria”, organizado por Olavarría y Ferrari (su maestro en el Conservatorio Nacional de Música en 1869). “Estas veladas fueron un espa-

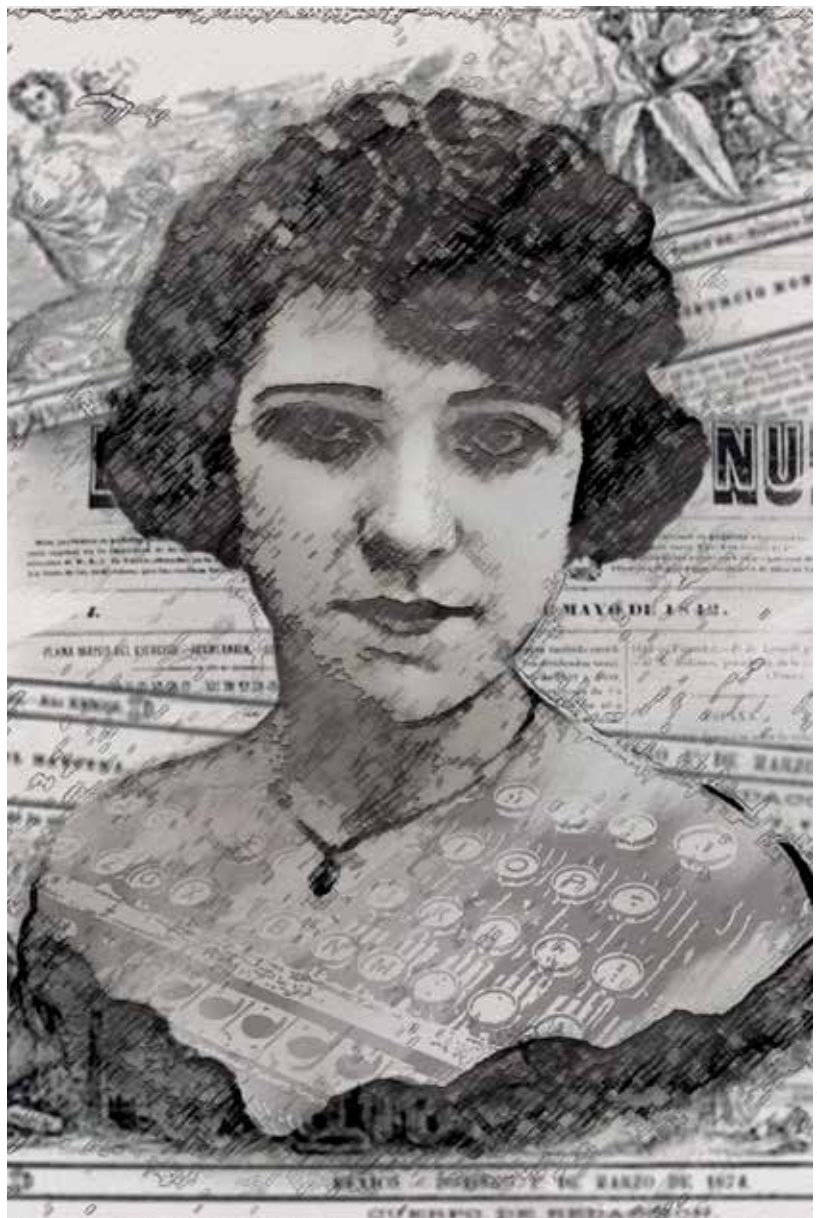


Ilustración: Luis Ángel Velázquez

cio de libertad creativa necesario para que los escritores comunicaran sus inspiraciones y recibiesen comentarios y críticas para que, de esta manera, se impulsara la literatura nacional” (Bazant, 2011: 79-80).

Varias fuentes refuerzan el vínculo de Laura con los poetas; “ella y su hermana Rosa Méndez [organizaban reuniones] en su domicilio, hacia el inicio de la década de 1870. En una de estas, por cierto, el célebre poeta coahuilense Manuel Acuña, fue presentado con Laura Méndez, de quien sería pareja” (Romero, 2016). Como consecuencia, su círculo de lectores y los apoyos en sus primeras producciones literarias están ligados a estos maestros y artistas de estética romántica y bohemia.

Acuña dedicó varios poemas a Laura en la prensa, pero la atención pública en una sociedad conservadora, lejos de ser un halago, la exponía a ser juzgada moralmente. Fueron tres poemas: el primero, “A Laura”, antes de octubre de 1872, invitaba a la joven a escribir: “Sí, Laura..., que tus labios de inspirada / nos repitan la queja misteriosa / que te dice la alondra enamorada; / que tu lira tranquila y armoniosa / nos haga conocer lo que murmura / cuando entreabre sus pétalos la rosa (Bazant, 2011: 179).

Ella acepta el reto y en diciembre de 1872 publica con el nombre de Sara “Un grito al corazón”, en *La sombra del Guerrero*, con una temática de fidelidad indiscutible al amante: “Tienes razón, adórale sufriendo, / pobre mártir de amor, sufre callando / [...] Séle tú siempre fiel, siempre constante, / aunque te encuentres seco, pesaroso” (Bazant, 2011: 32).

El seudónimo obedece a que, en aquella época, la escritura no era una actividad para las mujeres. Leticia Romero menciona que se les exigía ser honorables y actuar con decoro. Esta forma de control en quienes deseaban escribir también ceñía la temática. “[Susan] Kirkpatrick destaca las ideas de subjetividad e individualidad potenciadas por el Romanticismo liberal, así como la coincidencia entre el carácter sentimental asociado al arte producido al abrigo de éste, y el talante sensible atribuido simbólicamente a las mujeres” (Romero, 2016: 50).

Es extremadamente complicado ver en ese primer poema algo distinto a las presiones sociales y miedo ante la transgresión en un ámbito varonil. Sin embargo, en los siguientes poemas, Laura Méndez demuestra una gran evolución.

“Cineraria” (1874), “Adiós” (1874), “Esperanza” (1874), “Bañada en lágrimas” (1875), “Infortunio” (1875) y “Fe” (1885) son ejemplo de esta transición. Junto al primero, por cierto, hay un comentario ulterior al poema como invitación para retornar a leerlo, de promocionarlo, pues la poeta hace su inauguración de manera anónima. Leticia Romero

explica que “las escritoras eran toleradas en calidad de diletantes, lo que restaba reconocimiento a la seriedad de su trabajo, pero a la vez, lo insertaba en un marco comprensible y más o menos tranquilizador. Por ello, no es raro que las propias creadoras echaran mano de la retórica de la humildad para excusarse por hacer públicos sus poemarios, ofreciéndolos como meros productos de la dinámica familiar e íntima” (2016: 39).

Para entender estos poemas es importante señalar que Laura acababa de sufrir la muerte de Manuel. Previo a su suicidio, él le dedica “Resignación” (1872) y “Adiós” (1873). Miranda Bazant refiere que Laura no se casó con él, pero estaba embarazada, aunque el bebé falleció a los tres meses a causa de bronquitis (2011); Agustín F. Cuenca la respaldó en todo momento y posteriormente se casó con él (2009).

El nombre de Laura comenzó a notarse en el mundo literario; probablemente el único bálsamo de los ataques morales radicaba en la misma muerte del poeta y la protección de Agustín. Pese a todo, los rumores de su relación con Acuña fueron benéficos para la obra de ambos.

De los poemas de Laura, los cinco primeros abordan la muerte en forma de elegía, y sólo tres están dedicados a Acuña: “Cineraria”, “Adiós” y “Esperanza”. Un hecho curioso en su discurso es la correspondencia entre dos madrigales homónimos; el segundo fue escrito por Laura como respuesta al de él, un intercambio epistolar que se transforma en conversación.

Acuña tiene una gran habilidad en la construcción de los versos, pero la temática se vuelve banal y condescen-



diente: “Es fuerza que te alejes... / del cántico y del nido, / tú sabes bien la historia, / paloma que te vas.../ el nido es el recuerdo / y el cántico el olvido / el árbol es el siempre / y el ave es el jamás” (Bazant, 2011: 184). En cambio, el poema de Laura es un homenaje póstumo y una despedida más significativa por la imposibilidad de respuesta del poeta: “Soñé que en el santuario / donde te adora el alma, / era tu boca un nido / de amores para mí; / y en el altar agosto / de nuestra santa clama / cambiaba yo, sonriendo, / mi ensangrentada palma / por pájaros y flores / y besos para ti” (Bazant, 2011: 36).

Los deseos del “yo lírico” por querer permanecer a su lado, a pesar del desprecio, confieren al sentimiento una validez. La intención es conmovir al lector como en el poema “Un grito al corazón”, mencionado en este trabajo.


Seguramente, su círculo lector (amigos, colegas, maestros o poetas) sabía la identidad de Laura al momento de publicar, y no sólo por su relación con Acuña, sino por su calidad poética.

Otra acción para combatir o minimizar, todavía más, el anonimato, o esta “autoría amputada”, es dejar una serie de información o pistas en el texto de la autora. Estas marcas apelan al lector ideal; capaz de realizar un ejercicio de intertextualidad, tanto en los textos de ella como en los pertenecientes a otros escritores. Entre los elementos identificados en su obra está la deliberada repetición de la misma metáfora: la noche.

Los temas de sus poemas son comunes a hombres y mujeres: el adiós, la muerte del amado, de un hijo, o de la madre. Sin embargo, la íntima experimentación de tales sucesos, desde la perspectiva de una mujer con límites de expresión impuestos a su género, requiere habilidad para sortearlos.

El soneto “Fe” (1885), que apareció diez años después de la serie mencionada, ya no tiene el

dolor romántico, aunque sí el evento reflexivo como parte de un discurso generalizado: “[...] en nada alivia al dolor humano!” (Méndez, 1885: 2). Entre esos años, Laura escribió sólo dos poemas en otros medios: “A México” (1884) y “Mercedes” (1884). En este último cambia su nombre por el de Laura M. de Cuenca; el anonimato permitió la transgresión de lo socialmente aceptado, pero no la autoría, en la que ahora dominan las técnicas modernistas.

El cese de su escritura coincide con su matrimonio con Agustín F. Cuenca en 1877; su regreso a la poesía está marcada por la muerte de este. Ser viuda le confiere una posición social aceptada, pero pierde parte del individuo-poeta que construyó protegida por el anonimato, sin recibir el aplauso o el rechazo del lector. Por ello, el estudio de su obra, más allá de revisar su biografía, es la oportunidad de reconocer su capacidad para elaborar un discurso propio y de alta calidad literaria. 

#### Referencias

- Bazant, Miranda (2009). *Laura Méndez de Cuenca (1853-1928): Mujer indómita y moderna: vida cotidiana y entorno*. México: El Colegio Mexiquense / Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México.
- (2011). *Laura Méndez de Cuenca. Su herencia cultural. Poesía, cuento y miscelánea*. Siglo XXI / El Colegio Mexiquense / Servicios Educativos Integrados al Estado de México.
- Méndez, Laura (1885). «Fe» en *El Siglo Diez y Nueve*, año XLIV, tomo 87, núm. 14032, 19 de enero.
- Romero Chumacero, Leticia (2016). *Una historia de zozobra y desconcierto. La recepción de las primeras escritoras profesionales en México (1867-1910)*. México: UACM / Gedisa.
- Reyna, María del Carmen (1976). *La prensa censurada, durante el siglo XIX*. México: SEP-Setentas.



**Pablo Ricardo Silva Guadarrama** es estudiante de Letras Hispánicas en la UAM Iztapalapa. Presenta este artículo como un avance de su tesis de licenciatura: “Laura Méndez de Cuenca: poesía en impresos del siglo XIX”.